

STALIN AND HITLER, por *Louis Fischer*, edit. Penguin books, London, mayo 1940.

Louis Fischer nos presenta en este pequeño libro, todo el oscuro proceso del pacto germano-soviético de agosto de 1939 y con él, toda la evolución de la política exterior de la U. R. S. S. que entraña, como certeramente dice el autor, el cambio de la interna.

Fischer es un periodista americano, de cuarenta y dos años, que ha vivido catorce años en Rusia—hasta 1936—y que ha creído hasta hace poco en ella. Su testimonio ha sido confirmado como imparcial por los hechos, y sus predicciones, han resultado certeras. No se trata pues de una actitud negativa anticomunista sino de una actitud sincera, perfectamente documentada. Si la sinceridad perjudica al comunismo tanto peor para éste.

Según el A., el pacto germano-soviético ha sido para Alemania un triunfo mientras que para Rusia, ha sido el descrédito. Para la primera, ha supuesto la desaparición de un segundo frente de guerra y la eventualidad, si bien dudosa, de obtener algunas materias primas. En último recurso, si Hitler viera la guerra perdida, dicho pacto podría ser utilizado como una amenaza de un comunismo alemán, amenaza ante la cual, los aliados—hoy sólo Inglaterra—podrían ser más comprensivos para una Alemania vencida. Hitler pues, ha jugado bien sus cartas.

¿Ha tenido igual habilidad Stalin? Desde luego, no. Cuando los rusos vieron que Francia y especialmente Inglaterra, garantizaban a Polonia y Rumania—hecho desusado en la política inglesa—comprendieron que la guerra estallaría si Alemania atacaba a Polonia, en cuyo caso la U. R. S. S. se vería automáticamente protegida, ya que los nazis nunca lucharían en dos frentes—ruso y aliado—según dictamen terminante del estado mayor alemán y la experiencia de 1914-1918. Ante esta especulación,

Stalín que pudo haber seguido neutral, rechazó la alianza aliada y aceptó la hitlerista.

Desde tal instante el desprestigio y la falsía soviética son evidentes. Todo su antagonismo con el fascismo quedó reducido a un pretexto, el de encubrir un imperialismo desenfrenado que se puso inmediatamente en ejecución, pues en virtud de dicho pacto, ya que todo fué convenido entre Ribbentrop y Stalin, éste comenzó el ataque contra Finlandia para seguirlo después contra los países bálticos, Polonia y Rumania. El pretexto, de que Finlandia era un peligro para Leningrado, es ridículo y lo es más el decir que el gobierno finlandés era reaccionario y provocador, pues mucho más que éste—en el supuesto de que lo fuera—lo es el nazi con quien justamente Stalin firmaba un pacto de buena amistad. Las agresiones de que ha sido víctima Rusia por parte de los estados bálticos serían risibles si no fueran trágicas. En cuanto al ataque por la espalda a Polonia y el apoderamiento de Besarabia no entrañan provocación alguna contra los Soviets. Con tales rapacidades, opuestas al derecho constantemente proclamado por los comunistas, de regirse los pueblos por sí mismos, la U. R. S. S. se pone a la misma baja altura que cualquier otro país imperialista, fascista o no. Con razón, dice Fischer, que la fotografía de la firma del pacto soviético, en especial la cara de Stalin, dice más que doce cláusulas secretas del mismo. En ella, todos sonríen más o menos cínicamente, y desde luego, con satisfacción. Es muy presumible que tal amistad, no sea sincera pero lo irrefutable es el hecho de un pacto entre el fascismo y el comunismo. Si rapaz es el primero, ya no le va en zaga el segundo.

Con tal actitud, Stalin se ha enajenado todas las simpatías e influencias que sobre el proletariado consciente tuviera, pues a éste le resulta difícil admitir el atropello de pequeñas naciones y el contubernio con el enemigo de ayer, el nazismo. Una actitud neutral, de no rapacidad, hubiera sido lo correcto y perfectamente posible, rechazando tanto la oferta franco-inglesa como la ale-

mana. El proceso del pacto muestra que Stalin venía persiguiendo desde bastante antes, el acercamiento con Hitler, incluso durante la guerra de España. Sobre esto coincide también, el libro de Krivitsky, «Agent de Staline», de reciente publicación. Tal conducta de abstención no sólo era factible sino también la única que probablemente hubiera hecho meditar a Alemania, antes de lanzarse contra Polonia y evitar la guerra, pero en el fondo, y desde meses antes, Hitler y Stalin estaban ya de acuerdo para desencadenarla e ir juntos al reparto. Esto explica también la tomadura de pelo, de que fueron objeto los delegados franco-ingleses cuando trataron de negociar en Moscú el pacto con Stalin.

En realidad, procediendo así, Rusia no ha hecho más que debilitarse ante sí misma y ante el mundo. A mi modo de ver, las «pacíficas adquisiciones» soviéticas de que tanto se acaba de ufamar Molotov, en su discurso de este mes, no hacen más que mal encubrir una descomposición interna, o sea una debilidad paralela a la externa, de su política internacional. Rusia es y será siempre débil pese a su inmensidad. Su mayor fuerza se halla en una inactividad—recordemos a Napoleón—. Ahora bien, la inactividad puede salvar de una invasión pero no puede realizar una invasión ni siquiera ideológica. Esa inactividad es el fiel reflejo de una psicología negativista incapaz de una decisión activa histórica, en un momento dado. El eslavo no sabe nunca decidirse y ahí está la histórica que lo acredita. Incluso Checcoslovaquia abandonada, no fué capaz de jugarse el todo por el todo en busca de su destino histórico, y en el momento cumbre, el nihilismo eslavo prevaleció, y se sometió a todo. ¡Cuán otro fué el caso de España! Por eso, quien razone fríamente no tiene por qué temer al comunismo. Es muy posible que las coyunturas históricas actuales ofrezcan a éste la posibilidad de implantar el comunismo universal o al menos europeo. Pues bien, estamos seguros, que los rusos dejaran inexorablemente dejar escapar la ocasión en virtud de su propio negativismo. El que sean hábiles.

en la propaganda y en la filtración no quiere decir que sean decididos. Por eso, el mejor medio de combatirlos no es el de un anti-comunismo a ultranza de tipo ideológico, sino el de enseñar y extender la política comunista de engaño y de perfidia al igual que la que podría practicar cualquier otro estado imperialista. Realmente para seguir los métodos de éstos no valía la pena de hacer una revolución.

El ejemplo de España es uno más de los que se puede añadir a la lista soviética. La República española fué un buen negocio económico para Stalin que la dejó caer cuando vió que no le servía en sus manejos para atraerse a ingleses y franceses. Su comportamiento posterior con los refugiados españoles acredita lo dicho.

Por eso, libros como los de Fischer merecen no sólo leerse sino también divulgarse. Así todos llegarían a saber como se comporta el «padrecito de todas las Rusias y de todos los proletarios del mundo». Exactamente igual que un imperialista cualquiera.—MANUEL LÓPEZ-REY.



CONSEJAS DEL GRAN RÍO, por *Edmundo de la Parra*.—Ediciones de la Revista Universitaria.—Santiago de Chile, 1940

Edmundo de la Parra es el autor de un volumen de cuentos titulado «Consejas del Gran Río», donde se muestran, con cierta nitidez, algunas notables virtudes literarias, que dan al libro un carácter señalado dentro de la joven literatura chilena. Su autor emprende en él una exploración hacia el dominio de lo folklórico, y en su obra se alcanzan valores bien poco frecuentes, que vaticinan para de la Parra un sólido porvenir en ese género. Generalmente el folklore está henchido de una savia poética popular que irriga los campos de lo legendario. Nuestro autor se ha allegado a un ser de la naturaleza, el río Biobío, y en torno